Del cementerio monumental al cementerio tradicional

Luis Repetto Málaga

La experiencia de la transformación del cementerio Presbítero Maestro de Lima en museo ha motivado una serie de inquietudes frente a la diversidad de posibilidades que poseen los espacios funerarios. La experiencia ha sido motivadora, en la medida en que el fenómeno de apropiación social de este conjunto monumental ha funcionado de manera espontánea, tanto frente al entorno como a las autoridades responsables de su administración y al decidido apoyo de los medios de comunicación, que han cubierto las actividades paso a paso.

La respuesta de la sociedad civil ha superado nuestras expectativas, tanto desde el ICOM-Consejo Internacional de Museos, como de otras distintas instancias que se han sensibilizado con el mundo de los muertos.

Este espacio que estaba olvidado por la mayoría de la población y donde incluso los deudos y demás sólo realizaban visitas restringidas por la falta de seguridad tanto en el interior como en el exterior, también se vio afectado con la migración hacia los modernos cementerios que se ubican en la periferia de la ciudad, hecho que contribuyó a cercar el cementerio Presbítero Maestro y a condenarlo a su enclaustramiento.

Sin embargo, el ICOM, con el decidido apoyo de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, ha logrado concitar la atención de la ciudadanía a través de tres proyectos importantes de participación ciudadana, y casi podríamos decir que de responsabilidad social.

El primer proyecto está vinculado al lanzamiento para la recuperación del cementerio, que contó con el apoyo de muchas instituciones convocadas por la propia Beneficencia Pública de Lima, el ICOM Perú —que tuvo la iniciativa— y el Instituto Nacional de Cultura, como ente tutelar de la conservación del patrimonio cultural de la nación.

Esta primera fase incluyó el programa "Adopte una escultura", que logró convocar a la ciudadanía y sobre todo incitó la participación de empresas privadas para recuperar monumentos funerarios y mausoleos de personajes prominentes, o simplemente de espacios arquitectónicos o escultóricos que necesitaban de una urgente intervención para detener su proceso acelerado de destrucción. Los resultados han sido positivos y se siguen incrementando los participantes en esta cruzada por la recuperación de las obras artísticas del cementerio.

El segundo proyecto lo constituyen las denominadas "Noches de Luna llena", que consisten en organizar circuitos de visita nocturna bajo un tema especial, y después de recorrer el cementerio se procede a un espectáculo que tiene relación con el motivo de la visita. Gracias a este plan se han presentado destacados artistas, grupos de teatro, danza, música y coros de la ciudad. Este innovador programa se realiza una vez al mes y también recibe el apoyo de la ciudadanía, que acompaña los paseos, y de los medios de comunicación, a pesar de los esfuerzos que demanda la producción de cada visita.

La Oficina de Cementerios de la Beneficencia Pública se encarga de la organización de las "Noches de Luna llena" con el apoyo de las instancias correspondientes, como la Oficina de

Patr/MAT00068

Imagen, que consolidó el proyecto nocturno con un gran trabajo de logística y de responsabilidad, con la recuperación de la información histórica que se proporciona a los visitantes.

Las principales cadenas de televisión del mundo han cubierto estas "Noches de Luna llena", que no son otra cosa que la recreación de las que se realizaban en el Museo Cementerio San Pedro de Medellín, en Colombia. Ha sido de esa institución que el Presbítero Maestro ha recibido las más sabias enseñanzas, sobre todo en la participación ciudadana y en la valoración del cementerio como un espacio cultural.

El tercer proyecto de gran trascendencia ha sido el programa de gobierno "A trabajar urbano", consistente en la participación de 180 personas de las inmediaciones del cementerio, quienes trabajaron durante seis meses en labores de limpieza de superficie de las 20 hectáreas que tiene el cementerio, con la supervisión del Instituto Nacional de Cultura. La Beneficencia se encargó de generar este programa, que tuvo la particularidad de incluir a los vecinos para darles empleo y para que conocieran su entorno y los valores históricos y culturales del Presbítero Maestro. Esta intervención contribuyó a dar una nueva imagen al cementerio.

Sin embargo, los espacios funerarios constituyen depósitos de diversos testimonios estéticos y culturales y tienen un doble valor de referencia, como muestra a pequeña escala de sucesivos estilos arquitectónicos y escultóricos que emergen de la ciudad y que atestiguan la evolución de la moda y de los gustos. Además, son indicadores de bases imaginativas de las distintas connotaciones que tiene la muerte para cada una de las sociedades, e incluso de lo que hoy se denomina *patrimonio inmaterial*, que en el presente caso está referido al ritual de la muerte: el duelo, el luto y las demostraciones externas de congoja y tristeza.

Los cementerios pueden considerarse catálogos de intenciones, códigos de registro de distintos momentos de nuestra historia y conjunto de características que hacen a un grupo distinto de otro. En ellos podemos apreciar la moda, la percepción del mundo, el manejo del espacio, la vanidad personal, entre otros aspectos. No es extraño considerar que el ámbito mundano se ha trasladado también a los cementerios, cosa especialmente notable hasta los años noventa del siglo pasado. Posteriormente, con la aparición de los cementerios de estilo norteamericano, dotados de grandes alfombras verdes, se han mimetizado las vanidades en un intento de lograr un aspecto más o menos uniforme que atenúa las distinciones sociales, a pesar de que en la práctica sabemos que no somos iguales ni en la muerte (esto, visto desde la vereda de enfrente, ya que los momentos finales nos igualan en sensaciones pero no en representaciones para el último adiós).

Existen muchas formas de representación. Las más clásicas abundan en los cementerios del siglo XIX, donde se destaca un conjunto de representaciones que van desde el icono arquitectónico hasta la simple lápida con el nombre y la fecha de defunción. Aunque hemos encontrado todas las representaciones iconográficas imaginables en los cementerios, las investigaciones de los camposantos tradicionales del siglo XIX están incipientes. En ellos se destacan elementos universales del mundo occidental asociados tanto a la muerte como a la vida futura, como la presencia de flores, de cipreses, sauces, borlas de hojas y acantos, follajes y una variedad enorme de representaciones fitomorfas.

Los símbolos tradicionales también están presentes: calaveras, cirios apagados, columnas quebradas, trompetas caídas, ánforas sobre los féretros, además de las alegorías que

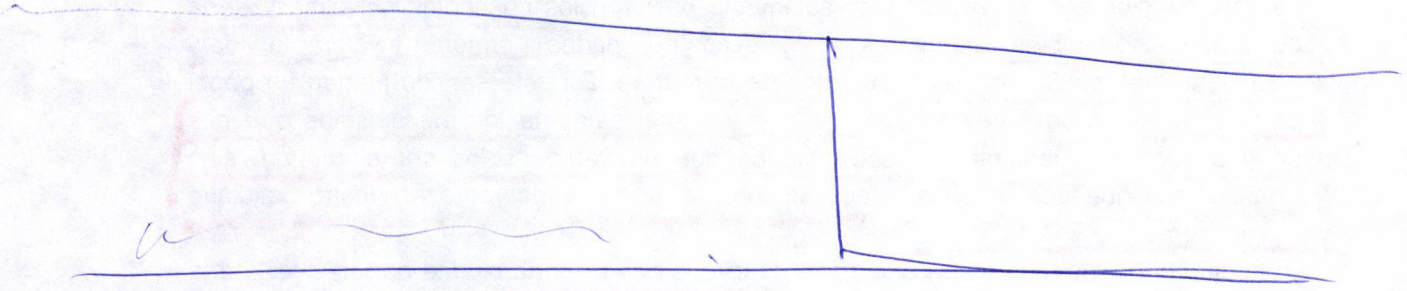
mediante personajes representan la fertilidad, la riqueza, la dignidad, el poder, la belleza física, el placer, la ciencia, el saber y otras virtudes y estados que muy posiblemente el difunto no poseyó ni experimentó, y que muchas veces no son más que la proyección de lo que los deudos desean aparentar o trasmitir. La presencia de las pompas de jabón que aducen a la fugacidad del tiempo, así como el reloj de arena que refleja el breve paso de la vida; los signos del poder, del saber, de la gloria, de la vanidad humana, representados por la tiara, el báculo, el cetro y la corona regia, y las tentaciones del mundo y sus vanidades, también están presentes.

En los últimos tiempos la UNESCO ha propiciado una nueva mirada al patrimonio mediante un enfoque integral que toma en consideración la promoción del patrimonio inmaterial, que incluye las manifestaciones tradicionales de las poblaciones indígenas. Los encuentros propiciados por la Red Iberoamericana de Gestión y Valoración de Cementerios Patrimoniales nos han motivado a volver los ojos hacia lo que sucede en nuestras comunidades del interior y a comprender que la valoración no debe regirse por la monumentalidad de las construcciones destinadas a servir de cementerios, sino por los valores culturales que encierran estos espacios, desde el punto de vista étnico o antropológico.

La preocupación por la muerte es algo que suscita mucho interés, y más en sociedades como la peruana, donde el tratamiento de los difuntos ha dado motivo al despliegue de una gran parafernalia que nos obliga a pensar en el significado de la muerte para los antiguos habitantes de este territorio. A partir de los datos etnológicos, de la historia y la tradición, vemos el constante esfuerzo del hombre por comprender, aceptar e interpretar el fenómeno de la muerte. Estas interpretaciones abarcan desde las antiguas concepciones sobrenaturales, cuyo rasgo más evidente y común es el temor al difunto y a la muerte, hasta las concepciones más "racionales", minoritarias, frecuentes en la cultura occidental contemporánea (en cuya formación han contribuido o están contribuyendo indirectamente los avances de la medicina) que consideran la muerte como el fin de la vida, como un hecho natural ante el cual no queda más que resignarse.

Uno de los conceptos centrales mediante los cuales se aborda el estudio antropológico de la muerte es aquel que la concibe como una extensión de la vida o como una transformación de ella, y no como un fin. Los numerosos ritos funerarios de todas las culturas apuntan, evidentemente, hacia esta idea. Los ritos fúnebres son muy elaborados, varían según los moldes culturales y están influidos por las creencias sobre la naturaleza de la vida después de la muerte. Estos rituales tienen directa incidencia en la disposición del cuerpo: definen si éste debe ser enterrado o cremado, si se incluyen las ropas del difunto en la tumba, si se le "hace escuchar" su canción favorita o si se le brinda su alimento preferido. Estas prácticas surgen de la preocupación por el bienestar del difunto, e influyen poderosamente en nuestra conducta.

El duelo y el luto son elementos muy importantes en las sociedades tradicionales. En estas dos expresiones culturales vemos también las concepciones y prácticas relativas a la muerte, pero con la particularidad de que ambas nos revelan la relación entre los vivos y los muertos, donde estos últimos constituyen el punto de partida para toda una elaboración simbólica y ritual. Tanto el duelo como el luto juegan un rol importante en la sociedad: contribuyen a cohesionarla y a equilibrarla después de esa ruptura momentánea que se produce con la muerte de alguien cercano.

De esta relación con los muertos no solamente nacieron los conceptos del alma y de la inmortalidad, sino también valores y principios éticos destinados a proteger y valorar la vida y a crear todos los medios para defendernos de la muerte. En este sentido juegan un papel importante el recuerdo y la memoria, ya que son precisamente los mecanismos que nos ayudan a vencerla mediante la conciencia de que no vamos solos por el mundo, sino "cargando" con nuestros muertos. Efectivamente, la memoria incorpora a nuestro cotidiano vivir a los seres que se han ido.

En la ciudad de los muertos, a diferencia de lo que ocurre en la ciudad de los vivos, cada edificio en sí, literalmente, es un monumento; no "una máquina de habitar" sino una "máquina de conmemorar". Por ello el espacio donde se asientan se convierte en una ciudad monumental, una ciudad de la memoria.